

EL POBLADO DE LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO SITUADO EN EL CERRO DEL CASTILLO DE PONFERRADA (LEÓN)

THE 1ST IRON AGE SETTLEMENT SITUATED AT THE HILLFORT OF THE PONFERRADA CASTLE (LEÓN, SPAIN)

Juan Francisco Blanco García
Universidad Autónoma de Madrid
paco.blanco@uam.es

Manuel Retuerce Velasco
Universidad Complutense de Madrid / NRT Arqueólogos
manuretu@ucm.es

Diego Lucendo Díaz
Baraka. Arqueólogos
lucen2@hotmail.com

Miguel Ángel Hervás Herrera
Baraka. Arqueólogos
mangelhervas@yahoo.com

Resumen

Las excavaciones efectuadas en el cerro del Castillo de Ponferrada entre 1996 y 2010 sacaron a la luz los restos de un poblado de la Primera Edad del Hierro perteneciente al grupo cultural del Soto de Medinilla. Se trata de uno de los asentamientos soteños más alejados del núcleo de esta cultura, situado en las tierras del centro de la cuenca del Duero, que no debió de llegar a la hectárea de extensión. Formado por cabañas de planta circular construidas con piedra, adobes y ramajes, de dimensiones medianas y pequeñas (16-20 m²), las cerámicas recuperadas indican que su periodo de vida se sitúa entre los siglos VII y V a. C., por lo que se desocupó antes de comenzar la Segunda Edad del Hierro. La aparición en una de las cabañas de varios crisoles para obtener bronce indica que fue un poblado en el que se desarrollaron actividades metalúrgicas, como viene siendo habitual en los más destacados enclaves soteños.

Palabras clave: Asentamiento en cerro, metalurgia, Primera Edad del Hierro, cultura del Soto de Medinilla, Ponferrada.

Abstract

The Ponferrada Castle is situated on a pre-Roman castro or hillfort village of the 1st Iron Age. The excavations that here we realized between 1996 and 2010 confirms some information that was disposable from 1980/1983. The size of this settlement was, as so long, one hectare in area, and from the cultural view belonging to the Soto de Medinilla group. Ceramic evidence suggests that this settlement was occupied from 7th century to 5th, and there are not archaeological evidences of the 2nd Iron Age. The human community who here lived built little circular huts, of about five or six metres of diameter, with mud-brick on stone bases and wooden roof. One of the most important data obtained in this settlement had been the finding of evidences of bronze metallurgy: a possible elemental bronze foundry has been found at the site denominated Area 11.

Keywords: Settlement on hillfort, Metallurgy, 1st Iron Age, Soto de Medinilla culture, Ponferrada.

1. Introducción

Desde hace varias décadas, y en virtud de una serie de hallazgos que se han ido produciendo, así como de alguna intervención arqueológica puntual, se tiene constancia de que en el promontorio donde se construyó el castillo de Ponferrada existió un asentamiento de la Primera Edad del Hierro que con el tiempo ha ido definiéndose como perteneciente a la denominada *cultura del Soto de Medinilla*. A diferencia de otros enclaves adscritos a ella, la historiografía del ponferradino es escasa y relativamente reciente, a pesar de que hemos de hacerla comenzar nada menos que en el año 1925, fecha en la que el padre Morán en su pequeña obra *Por Tierras de León* refiere que el cerro en el que se sitúa el castillo de Ponferrada fue primitivamente un asentamiento castreño (Morán, 1925: 81). Cuatro años después, en 1929, J. M. Luengo se hace eco de ese dato, pero en cierto modo lo pone en duda al decir que “...en sus laderas nunca se ha encontrado nada que demuestre que fue un castro celtibérico...”, ni cerámica ni restos de fortificación alguna (Luengo, 1929: 38). Sí recoge, sin embargo, un brazaletes de bronce hallado al hacer unas zanjas junto a la Plaza de Armas, pero no lo identifica como perteneciente a la Edad del Hierro, sino que lo interpreta como parte de la indumentaria de un guerrero del siglo XIV (*Id.*, 1929: 353-354, fig. 12^a, 1). Actualmente conservado en el Museo de León, del mismo dice el referido autor que posee 72 mm de anchura y 55 mm de altura, que cada uno de sus extremos remata en una bellota decorada con incisiones transversales, que parte del junco también las tiene, que se usó a modo de fíbula y que morfológicamente está inspirado en algunas fíbulas hispano-romanas. Indudablemente está pensando en las fíbulas de tipo omega, pero lo cierto es que ni por tamaño ni morfológicamente tiene que ver con ellas.

Medio siglo después, con motivo de la elaboración de su tesis doctoral, T. Mañanes recoge algunos materiales arqueológicos, sobre todo cerámicas fabricadas a mano de colores negruzcos y varias de ellas con decoración de digitaciones y unglaciones, que pone en relación con otros yacimientos leoneses semejantes a su vez con los soteños del centro de la cuenca del Duero (Mañanes, 1981). Como es lógico, tanto en la tesis como en algunas publicaciones posteriores, dedica algunos comentarios al referido brazaletes, repitiendo la descripción y los datos de Luengo, pero encuadrándolo no ya en la Edad Media, sino en la del Hierro (*Id.*, 1983/1984: 162). Extrañamente, en una obra posterior de este autor que dedicó a la arqueología de la cuenca del Sil, en la que se hace un exhaustivo recorrido por todos sus yacimientos y que cuenta con un apartado expreso sobre la Primera Edad del Hierro, no dice prácticamente nada sobre los materiales ponferradinos (*Id.*, 1988).

Por aquellos años ochenta, concretamente en 1983, F. Miguel Hernández realiza un sondeo arqueológico junto a la Torre de Monclín, y aunque sus resultados no llegaron a publicarse, informaciones posteriores de otros investigadores que pudieron consultar los materiales recuperados confirmaron la filiación soteña de la comunidad allí establecida durante la Primera Edad del Hierro. Ha sido sobre todo J. Celis quien más ha insistido en señalar el interés que posee este enclave soteño, uno de los más occidentales del territorio leonés, fuera

ya del ámbito geográfico de la Submeseta norte. Así, en 1996 pone en relación las cerámicas de Ponferrada con las recuperadas en Sacaajos, Villacelama, y los castros zamoranos de Manzanal y Camarzana de Tera; estima para el brazalete bronceo una cronología de los siglos VII-VI a. C. y su posible relación morfológica con conocidos ejemplares meseteños y del sureste peninsular “orientalizante”; y propone la meseta leonesa como origen de las poblaciones que dieron lugar a este y otros asentamientos de tipo Soto en El Bierzo. (Celis, 1996: 54). En similares términos se expresó este mismo autor en 2003, en el marco de las *Jornadas sobre Castro Ventosa*, donde, además de estimar en una hectárea las dimensiones del enclave, menciona la reciente aparición, aunque fuera de contexto, de una fibula de resorte como las que habitualmente se recuperan en contextos soteños (*Id.*, 2003: 16). Y en 2015, junto a F. Muñoz, el propio Celis hace referencia de pasada a las novedades aportadas por las excavaciones sobre las que versa el presente trabajo como confirmación de la, ya sin duda alguna, filiación soteña del asentamiento (Celis y Muñoz, 2015: 54, fig. 7). Por tanto, se puede decir que, salvando las apreciaciones que realizó F. Miguel en el informe inédito de su sondeo de 1983, es a partir de 1996 cuando comienza a fraguar la idea de que la primera ocupación del promontorio ponferradino es de signo soteño, aunque no todos lo veían tan claro por aquellos años (Orejas, 1996: 60 y 70).

Y así, llegamos a las excavaciones practicadas durante los años 1996/1997, 1998, 2000, 2001, 2003, 2005 y 2010 por la empresa *NRT Arqueólogos*, de las que resumidamente damos cuenta en este trabajo. No se puede decir que sean definitivas para conocer en toda su dimensión arqueológica este enclave soteño, máxime cuando en varias de ellas no aparecieron restos arqueológicos de esta fase inicial de la Edad del Hierro, pero constituyen un notable aumento de la información que sobre el mismo se tenía hasta ahora.

Conviene empezar diciendo que las campañas de excavación practicadas en los años que acabamos de consignar no vinieron motivadas por la necesidad de ampliar datos sobre la Edad del Hierro en esta población o en El Bierzo en general, sino que se llevaron a cabo en el contexto de restauración, acondicionamiento y puesta en valor de las estructuras arquitectónicas del castillo. Esto significa que la recuperada es una documentación que ha surgido a remolque de tales trabajos y en puntos muy concretos, de lo cual es fácil deducir que el conocimiento de la aldea soteña actualmente disponible sigue teniendo carácter parcial e incompleto. Además, en la mayor parte de las zonas intervenidas no se ha llegado a agotar la secuencia estratigráfica, razón por la que el presente trabajo ha de entenderse como una aproximación de carácter provisional. Ciertamente constituye un salto cualitativo importante, pero aún quedan aspectos de los que nada sabemos. Para poder conocer este poblado soteño con un poco de detalle se necesitarían practicar excavaciones en extensión que afectasen a la totalidad de los espacios abiertos del cerro e incluso a aquellos otros que estando construidos se puedan sondear y, además de esto, profundizar hasta los niveles geológicos, pues, como más adelante se verá, cuando entremos a comentar los materiales recuperados, hay ausencias significativas que dan pie a diversas interpretaciones que posiblemente habría que matizar si contásemos con secuencias estratigráficas completas.

Por otro lado, si es poca la información que aún tenemos sobre los niveles fundacionales de la aldea soteña, en varios puntos (sobre todo en la individualizada como Área 11) se ha podido comprobar cómo buena parte de los niveles más recientes de la misma fueron arrasados, cortados prácticamente en horizontal, al construirse los cimientos y solados de las cabañas medievales. En resumen, podemos decir que en ninguna de las zonas intervenidas se ha podido documentar una secuencia completa de los niveles del Hierro I, desde el sustrato geológico hasta el nivel de abandono de las construcciones. Y tampoco ha sido posible excavar una cabaña completa, a pesar de que las dimensiones de las localizadas son pequeñas.

Ya para concluir estos párrafos introductorios, decir que, en los últimos trabajos generales sobre la historia y la arqueología de la provincia de León o sobre Ponferrada en concreto, ya es una idea consolidada la que adscribe el cerro del castillo a la *cultura del Soto de Medinilla* (Bernaldo de Quirós *et alii*, 2000; Fernández Rodríguez, 2009).

2. Situación, emplazamiento y recursos naturales

El promontorio del Castillo de Ponferrada se encuentra situado en la zona central de la cubeta o depresión de El Bierzo, una fosa de compleja geología de unos 50 km de longitud por 20 km de anchura hídricamente drenada por el río Sil, en una posición estratégica en lo que se refiere a las vías de comunicación que la atraviesan, ya que conecta el rincón noroeste de la cuenca del Duero con las tierras bajas del Miño, por un lado, y con los valles del centro de Lugo, por otro (Fig. 1).

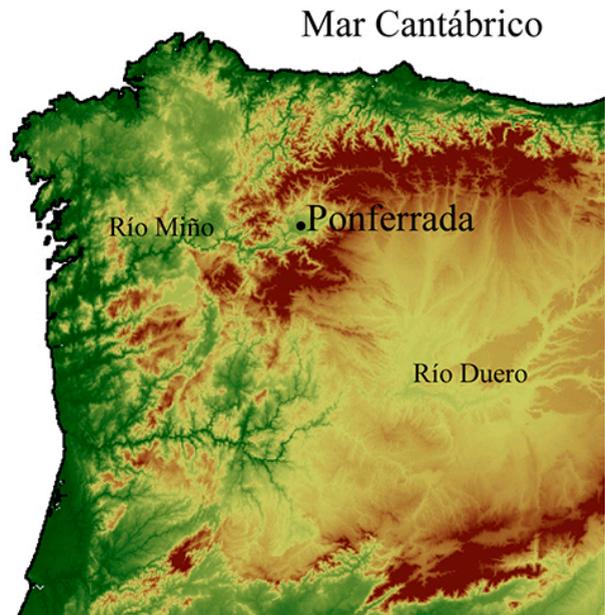


Figura 1. Cuadrante noroeste de la península Ibérica, con la localización de Ponferrada (León).

Se trata de una suave elevación de superficie amesetada que se levanta junto al río Sil, casi en el punto donde recibe las aguas del Boeza (Fig. 2), aunque no por ello se puede decir que estemos ante un emplazamiento en espigón entre dos ríos semejante a otros importantes enclaves soteños como, por ejemplo, Sieteiglesias (Bellido Blanco y Cruz Sánchez, 1993) o *Cauca* (Blanco García, 2018: 31-33, figs. 2.5 y 2.6), sino más bien ante un lugar de características parecidas a *Rauda* (Sacristán, 1986: 54-61, fig. 4), al salmantino Cerro de San Vicente (Macarro y Alario, 2012: 17-23, láms. 2, 3 y 9) o a Simancas (Quintana, 1993: 71-72, fig. 1). Su línea de cumbres, la cual siguieron los constructores de los muros perimetrales de la fortaleza medieval, definen un rectángulo apuntado hacia el noreste que, de longitud máxima, en el borde que discurre a lo largo del Sil tiene 185 m, y de anchura máxima 70/72 m. Esto significa que la extensión habitable del promontorio está en torno a una hectárea, unas dimensiones muy en la línea de buena parte de los enclaves soteños.

Aun siendo poco más de 20 m la diferencia altimétrica entre la superficie del cerro y el nivel de aguas del Sil, y a pesar de que en el borde opuesto esa diferencia es sensiblemente

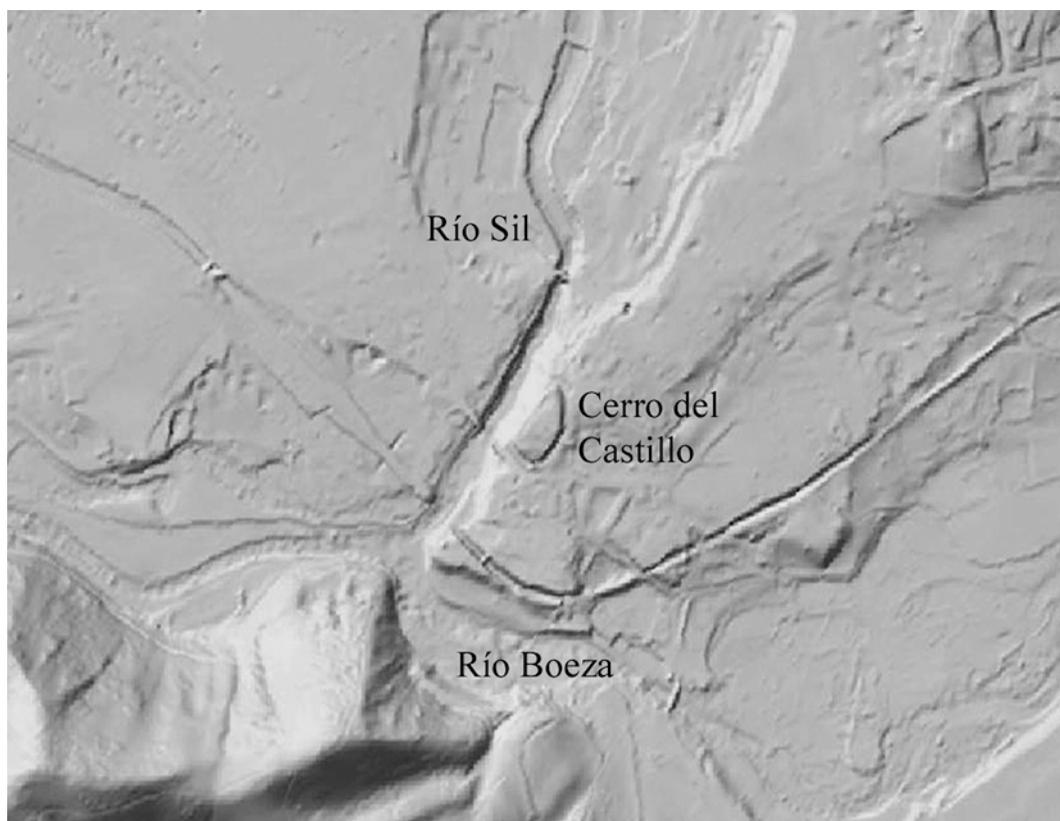


Figura 2. Topografía de cerro del Castillo de Ponferrada y sus alrededores.



Figura 3. Vista general de la vertiente suroeste del cerro del castillo y el curso del río Sil, desde el norte, a principios del siglo XX (foto, JUISA, Valladolid).

menor, las vertientes permitirían una defensa relativamente fácil del enclave (Fig. 3). Actualmente la topografía de los alrededores del cerro está muy transformada por causa de las actuaciones urbanísticas llevadas a cabo en el siglo XX, pero a través de fotografías de comienzos de dicha centuria se puede deducir el indudable interés que para una comunidad de la Edad del Hierro tenía un lugar como este. Desconocemos por completo si, como complemento de las ventajas naturales que proporcionaba la topografía, y en los puntos de mayor vulnerabilidad, dispuso de estructuras defensivas artificiales, tales como muralla, foso(s), terraplenes o piedras hincadas, como nos muestran, en lo que a estas últimas se refiere, numerosos castros coetáneos de Trás-os-Montes (Redentor, 2003), el noroeste de Zamora (Esparza, 2003) e incluso algunos vecinos enclaves mineros lucenses, aunque algunos de ellos parecen ya más del Segundo Hierro (*Id.*, 2003: 167, fig. 1, 29-32).

A falta de un estudio exhaustivo del medio natural en el que se encuentra situado el promontorio, y en el que serían imprescindibles análisis palinológicos, carpológicos y antracológicos de los restos obtenidos en futuras excavaciones para hacer una aproximación cercana a la realidad, los recursos económicos de los que dispuso la comunidad soteña que en él vivió por el momento sólo cabe deducirlos a partir de las características físicas que presenta el medio en la actualidad, aunque tratando de abstraernos a las importantes transformaciones urbanísticas acaecidas en los últimos siglos. Y lo primero que cabe destacar es la abundancia

de recursos hídricos. Muy posiblemente tanto las aguas del Sil como las de su tributario el Boeza fueron más caudalosas, frías y limpias durante la Edad del Hierro que en la actualidad, pues no hemos de olvidar que el clima de aquella época en la mitad septentrional de la península Ibérica era más fresco y húmedo (López Sáez y Blanco-González, 2003; López Sáez *et alii*, 2009). Esto implica que ambos cursos de agua serían muy ricos en pesca (lucios, tencas, barbos, truchas, seguramente salmones...), en moluscos bivalvos (almeja de río) e incluso nada tendría de extraño que hubieran sido habituales los castores, pues bastante más al sur, en pleno centro de la cuenca del Duero, se han podido constatar en esta época (Morales y Liesau, 1995: 493).

Al ubicarse el cerro en medio de una extensa vega –la “Huerta del Bierzo”, como algunos autores refieren–, es de suponer que fueran los terrenos más próximos al mismo los que estarían puestos en cultivo, externamente a los cuales aprovecharían los pastos, la madera de los bosques (de pináceas, robles, encinas...), las plantas silvestres recolectadas (setas, frutos secos, hierbas medicinales y aromáticas...), la caza, etc. Precisamente por esa falta de análisis de restos de materias orgánicas procedentes de excavación nada sabemos sobre el catálogo de especies agrarias cultivadas, que no diferiría mucho de las que lo estuvieron en los vecinos territorios gallegos (González Ruibal, 2006-2007: 175), sobre la composición de la cabaña ganadera o sobre las especies cazadas y pescadas.

Teniendo en cuenta que en los poblados soteños de la cuenca del Duero los recipientes de cerámica que sus ocupantes necesitaban eran de fabricación local, en el ámbito doméstico y con arcillas obtenidas en las inmediaciones de aquéllos, por lógica hemos de suponer que la comunidad establecida en el enclave ponferradino también produjo sus propios equipos vasculares y con barro conseguidos en las cercanías del poblado. Desconocemos en qué lugar o lugares se encontraban las barreras, pero poca importancia tiene esto, de considerar que tampoco en los asentamientos meseteños se tienen localizadas y que generalmente es una materia muy común en sus alrededores, lo mismo que en torno a Ponferrada.

Una de las principales novedades que en este trabajo aportamos, como más adelante se verá, es la constatación de que los soteños establecidos aquí fabricaron objetos de bronce. Diversos fragmentos de crisoles recuperados en la campaña de 2010 así lo ponen de manifiesto. Pues bien, y por lo que a este apartado de recursos naturales se refiere, uno de los aspectos que hemos de resolver en el futuro es concretar la ubicación o el origen de las materias primas metálicas (cobre y estaño) que allí se fundían. Porque puede que esas materias primas a él llegasen ya semielaboradas, por vía del intercambio comercial y en forma de lingotes o de fragmentos reciclables, como ocurría durante el Bronce Final, pero también pudiera darse el caso de que los soteños ponferradinos explotasen ellos mismos los veneros de mineral de cobre y de estaño que más cerca tenían. En este sentido, hemos de recordar lo consolidado que estaba la explotación del cobre desde épocas anteriores y de estaño –tanto en tierras cacereñas como del occidente leonés–, desde que para atender la enorme demanda de los comerciantes fenicios se explotaron las rutas que remontaban los ríos Tajo (desde Almaraz, Santarem...), Mondego (Santa Olaria, Conimbriga...) y Miño a partir de la segunda mitad del siglo VIII a. C. (Arruda, 2005: fig. 38).

3. Las campañas de excavación

De las siete campañas de excavación que, de manera discontinua, tuvieron lugar entre 1996 y 2010, fueron las de 2005 y 2010 las que verdaderamente aportaron datos sustanciales para conocer el asentamiento del Hierro I, lo cual no significa que en los lugares en los que se intervino en las restantes no se conserven evidencias, sino que no se accedió hasta los estratos más profundos del asentamiento. Esto significa que el yacimiento aún conserva un potencial informativo nada despreciable, lo que justificaría la realización de nuevas intervenciones en el futuro con el objetivo de ampliar datos.

3.1. *La intervención de 2005*

Tras el sondeo que F. Miguel realizase en 1983, no se ha vuelto a aportar información sobre el asentamiento soteño hasta esta nueva fase de excavaciones, concretamente hasta las llevadas a cabo en 2005. En esta ocasión se pudieron documentar los restos de varias estructuras en la denominada Área 11 así como en diversos puntos del Palacio tales como el Hueco de la Escalera junto a la Bodega, el Almacén, la Sala Rica, el Mirador de los Azulejos, la Sala de Armas y Bodega y, con muchas dudas, en la zona de la entrada principal (Fig. 4). Todos estos puntos definen la zona de ocupación del Hierro I o, al menos, una parte importante de ella (Fig. 5). Pero veamos con un poco de detenimiento lo que ha aportado cada uno de estos espacios.

El denominado *Hueco de la Escalera junto a la Bodega* era un espacio de 6,25 x 3,60 m (22,50 m² en total) que se encontraba relleno por un depósito arqueológico de 7,50 m de potencia que abarcaba, de techo a muro, desde el siglo XV hasta el Hierro I. Es uno de los pocos lugares donde se ha podido excavar la secuencia estratigráfica completa, hasta los niveles geológicos, lo cual nos ha permitido comprobar que, al menos aquí, se suceden dos niveles de ocupación soteños. El primero de ellos, individualizado como Nivel de Uso 10/65, se podría considerar como fundacional. Estaba formado por una superficie de arcilla prensada que se encontraba ligeramente hundida en su centro quizá debido al peso del sedimento que durante siglos lo cubrió, en cuya zona central se pudo documentar el hueco de un grueso poste de madera de 0,50 m de diámetro. Puede que suelo y poste pertenecieran a una misma construcción, de la que nada más se conservaba, pero también es factible que el poste en cuestión perteneciese a la cabaña soteña que sellando el referido suelo se construyó y que fue individualizada como Nivel de Uso 10/63.

Este último representa la segunda fase de ocupación soteña, dispuesta a tan sólo 10/15 cm sobre la anterior. Puesto que el agujero de poste también rompía el suelo de tierra arcillosa prensada de esta cabaña más moderna, cabe la posibilidad de que el poste hubiese servido tanto para sostener la techumbre de la cabaña antigua como la de la moderna, en cuyo caso tendríamos que admitir que esta última se levantaría sobre parte de los elementos estructurales de la anterior, lo cual nada de extraño tendría en construcciones que habitualmente eran pasto de las llamas y de las destruidas se reaprovechaba cuanto se podía. De la cabaña perteneciente a esta segunda fase de ocupación tenemos más datos que de la primera, afortunadamente. Los

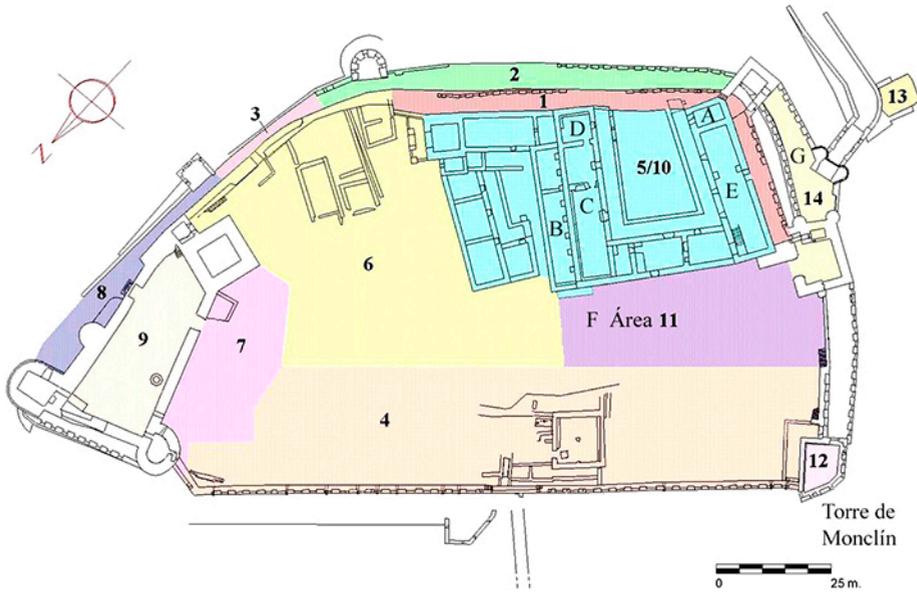


Figura 4. Distribución de las áreas de intervención arqueológica (1996-2010). Con letras, zonas en las que han aparecido restos del Hierro I: A, Hueco de la Escalera junto a la Bodega; B, Almacén; C, Sala Rica; D, Mirador de los Azulejos; E, Sala de Armas y Bodega; F, Área 11; G, Entrada principal (restos dudosos) (NRT Arqueólogos).

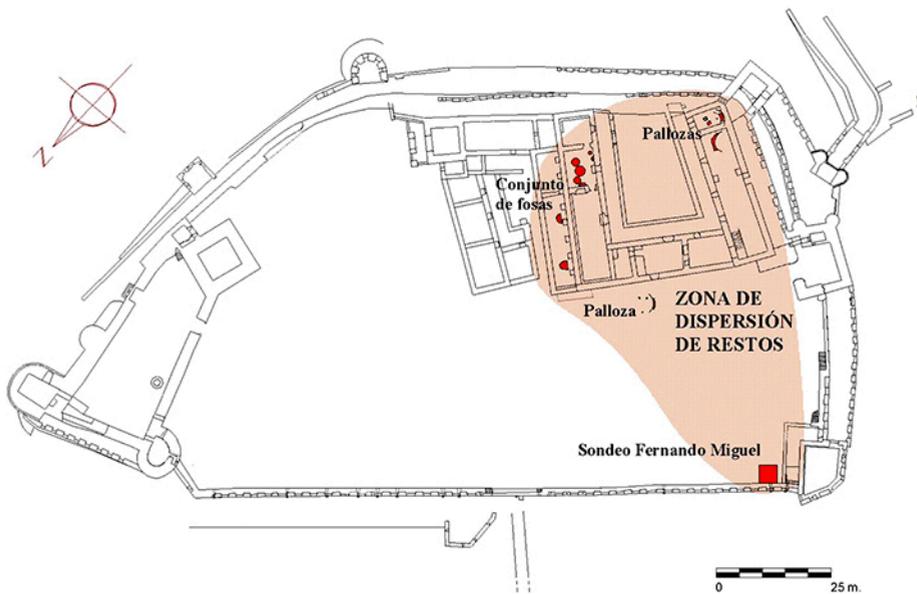


Figura 5. Área en la que se han documentado restos del poblado de la Primera Edad del Hierro (NRT Arqueólogos).

restos exhumados pertenecen a la zona central de la misma, de manera que poco se ha podido documentar del muro perimetral, tan importante para establecer las dimensiones que pudo haber tenido. Tan sólo en el ángulo suroeste del espacio intervenido aparecieron gruesos cantos de río trabados con arcilla rojiza que parecen haber pertenecido a dicho muro, que sin duda era curvilíneo. Más datos tenemos sobre el suelo, de tierra arcillosa rojiza, ya que parece ser que estuvo escalonado. En el centro, junto a los restos de una pequeña plataforma de barro, se conservaba completa una arqueta u hogar construido con adobes y plaquetas de pizarra forrando tanto las paredes interiores como el fondo (Fig. 6). En caso de haber sido un hogar, aunque faltan indicios de combustión en su interior, puede que la intención de este revestimiento de piedra fuera la de concentrar el calor, impidiendo que se perdiera por las paredes y el suelo de barro. Podría también haber contenido algún tipo de líquido e incluso haber sido una estructura para realizar labores de molienda en su interior, ya que la harina beneficiada se podría recoger del fondo de manera fácil y sin que se perdiese nada. En cualquier caso, se trata de una estructura de planta rectangular, con las esquinas redondeadas y unas dimensiones de 0,75 m de longitud, 0,65 m de anchura y unos 0,20/0,30 m de profundidad.

En una y otra fases los únicos materiales muebles recuperados son cerámicos, todos ellos de las mismas características técnicas, tipológicas y decorativas, por lo que son dos fases muy cercanas cronológicamente, aunque no debemos olvidar lo homogéneas que a lo largo del tiempo se muestran las colecciones cerámicas recuperadas en los poblados soteños. Únicamente nos resta añadir que en el estrato 10/45 aparecieron varias pellas de barro con improntas de ramajes que se habían cocido por causa de un incendio. Esto significa que, al igual que en muchas cabañas de otros poblados soteños, parte de las cubriciones de materia vegetal del poblado ponferradino recibieron un mantenido de barro. De este procedimiento de impermeabilización suponíamos su existencia, máxime en un entorno tan lluvioso como el de El Bierzo, pero sólo en este espacio se ha podido constatar. Y ya que a la techumbre de esta cabaña nos estamos refiriendo, hemos de decir que en el interior de ninguna de las cabañas excavadas en el yacimiento se han hallado restos carbonizados de las vigas que formaron la estructura de madera sobre la que apoyaban los ramajes.

El Almacén, situado en la mitad noreste del Palacio, entre la Sala Rica y las Caballerizas, es otro de esos espacios en los que se registraron restos del poblado soteño, ya que tuvieron que rebajarse los niveles muy por debajo del suelo de uso palaciego para instalar un aljibe. El espacio tenía 30 m de longitud y algo más de 4 m de anchura, por lo que en total contaba con unos 130 m². Lamentablemente, los restos del Hierro I no eran de carácter arquitectónico, como en el espacio anteriormente explicado, sino sólo cuatro fosas excavadas en el terreno natural, constituido por finas arcillas amarillentas, rellenas de tierra parda con abundante ceniza en la que aparecieron sólo cerámicas soteñas. Todas las fosas eran de forma irregular, aunque tendentes a la circunferencia, no teniendo de profundidad más de 20/25 cm.

La Sala Rica, situada en la parte central del Palacio, es un espacio dividido en dos hacia su mitad por un muro transversal. Ya fue desescombrada en la campaña de 1998, pero en la de 2005 lo que se hizo fue levantar el pavimento original, que se encontraba en pésimo estado de conservación, para sustituirlo por otro nuevo, trabajo en el que se aprovechó para sondear los



Figura 6. Hueco de la Escalera junto a la Bodega. Restos de estructuras de adobes y suelo pertenecientes al Nivel de uso 10/63 (foto, NRT Arqueólogos).



Figura 7. Sala Rica. Restos de varias fosas excavadas hasta el nivel geológico (foto, NRT Arqueólogos).

niveles arqueológicos infrayacentes. Al igual que ocurrió en el Almacén, aquí se documentaron los fondos de varias fosas de planta circular (en total, seis) excavadas en el terreno natural arcilloso, cuyo relleno estaba formado por tierra parda arcillosa mezclada con cenizas, abundante materia orgánica y aunque los restos de cerámica eran nimios, pertenecían al Hierro I (Fig. 7).

Algunos fragmentos más se recogieron también en el denominado *Mirador de los Azulejos*, una sala que prolongaba hacia el noroeste la Sala Rica. En ella, bajo el pavimento medieval apareció un sedimento arcilloso con grandes manchas de ceniza (10/48) que contenían fragmentos de cerámica a mano además de otros medievales, por lo que lo más probable es que durante la construcción del Palacio se removieran niveles medievales y del Hierro Antiguo y de ahí la mezcla de materiales.

La Sala de Armas y la Bodega, denominaciones extraídas de documentos del siglo XVI, constituyen un gran espacio de 170 m² –28,10/28,30 m de longitud y 6,15/6,65 m de anchura– que también se vació de escombros en 1998, pero en el que hasta 2005, al profundizar por debajo del nivel de base, no se documentaron nuevos restos pertenecientes al poblado del Hierro I. En esta ocasión se excavaron los niveles antrópicos hasta el terreno geológico, por lo que hemos de decir que se pudo registrar toda la secuencia estratigráfica. La primera estructura en aflorar, situada en el extremo sureste de la Bodega, fueron los restos de una cabaña de planta circular construida con voluminosos cantos de río trabados con barro y abundante piedra menuda de relleno (10/85) (Fig. 8). Se conservaba aproximadamente un tercio de su circunferencia nada más, pero es suficiente para calcular en unos 16 los metros cuadrados que hubo de tener. Lamentablemente, en su interior no quedaban restos del suelo, tampoco del posible poste central que pudo haber tenido para sostenimiento de la techumbre y menos aún del hogar o de otras posibles estructuras inmuebles.

La segunda estructura (10/86) es de más difícil interpretación, ya que se vio muy afectada durante la construcción de los cimientos de la Bodega del Palacio (Fig. 9). Es una plataforma bastante gruesa de adobes y algo de piedra que se extiende junto a un agujero y varias piedras que parecen insinuar cierta alineación. Desconocemos cuál sería su función, pero se encuentra a la misma cota que la cabaña descrita en el párrafo anterior, por lo que puede que esta estructura esté relacionada con ella. Igualmente, es la misma cota a la que se encuentran los restos del Nivel de Uso 10/65 documentado en el Hueco de la Escalera junto a la Bodega, del que ya hemos hablado, con lo que todo ello pertenece a la misma fase de ocupación. Tanto en este espacio como en los niveles en los que se levantaban las estructuras descritas los materiales cerámicos recuperados además de escasos están muy fragmentados.

También en 2005 se intervino en la denominada *Área 11*, un amplio espacio abierto situado frente a la fachada noroeste del palacio y que por el sur llegaba hasta la Torre de los Caracoles. Los trabajos tuvieron lugar concretamente en la mitad noreste, en la que inicialmente se practicó un sondeo mecánico de menos de 2 m² para poder ver la secuencia estratigráfica completa en esta parte del cerro, hasta los niveles naturales, y actuar en consecuencia. En un segundo momento, se amplió el espacio de excavación hasta los 40 m², y ya se hizo de manera manual.



Figura 8. Restos de una cabaña de planta circular (estructura 10/85) hallados en la Sala de Armas y Bodega (foto, NRT Arqueólogos).



Figura 9. Restos de una plataforma de adobes con algo de piedra (estructura 10/86) exhumada en la Sala de Armas y Bodega (foto, NRT Arqueólogos).

De las cinco fases constructivas que se registraron, la primera pertenece al Hierro I, la quinta está en relación con la construcción del Palacio en el siglo XV y las tres intermedias son de época medieval, fechadas entre los siglos XII y XV. A aquella primera fase de ocupación pertenecen los restos de una cabaña sofeña que fue individualizada con el código 11/14. De planta circular, 5 m de diámetro y superficie útil de unos 19 m², está construida con adobes de arcilla roja de tamaño mediano unidos con tierra arcillosa (Figs. 10 y 11). Tiene la peculiaridad de que la parte baja de la pared interior se forró con losetas de piedra, quizá para evitar humedades, y en la base de las mismas se iniciaba un suelo de arcilla prensada sobre el que se conservaban abundantes restos de cenizas y fragmentos de cerámica a mano que, a la postre, son los que han permitido fechar la construcción en la Primera Edad del Hierro. Dentro del espacio construido se pudieron identificar numerosos agujeros de poste, tres de los cuales habían sido calzados con piedras en vertical, aunque no sabemos si los tres estuvieron en uso simultáneamente o en momentos diferentes. El resto de agujeros puede que sirvieran como soporte de entramados de ramas usados para secar carne, pescado, etc. (Fig. 12). Asimismo, se documentaron los restos muy desmantelados ya de un posible banco corrido de barro o vasar.

Bajo el nivel del suelo ya, y no sabemos si formando parte de la cabaña o no, en el sustrato geológico había sido excavada una fosa de planta algo irregular que tenía unos 2 x 2 m de superficie, el fondo cóncavo y unos 0,40 m de profundidad (Fig. 13). De haber formado parte de la cabaña, podría haber sido una especie de silo o almacén subterráneo para guardar alimentos o enseres, quizá cubierto por un entramado de tablones de madera o grandes lajas de piedra, aunque ninguna evidencia quedaba de estas dos posibles formas de cerrar el hueco. Desde luego, sus paredes son de arcilla muy dura y compacta.

En cuanto a los materiales recuperados, los más numerosos eran los fragmentos de cerámica, como es habitual, pero también se obtuvieron dos fragmentos de molinos barquiformes de granito, lo que significa que sus moradores realizaban trabajos de molienda, no sabemos si de cereal, de bellota o de ambos productos, pues en sus inmediaciones no quedaban restos carbonizados de ningún tipo.

Ya para finalizar el conjunto de intervenciones llevadas a cabo en 2005 en las que aparecieron niveles del Hierro I, decir que en la zona de la entrada principal del castillo aparecieron los restos pétreos de lo que inicialmente interpretamos como parte de una posible nueva cabaña de planta circular del Hierro I, pero su desmesurado radio, así como la inexistencia de materiales cerámicos o metálicos asociados nos conducen en la actualidad a dudar de aquella interpretación.

3.2. *La intervención de 2010*

Esta tuvo lugar en el Área 11, un espacio en el que, como se recordará, ya en 2005 se intervino. En esta ocasión la excavación se practicó en un punto central de la zona suroeste de dicha área, donde se trazó un rectángulo de 15 x 11 m, si bien uno de sus ángulos no se pudo excavar por la existencia de un enlosado moderno (Lucendo y Retuerce, 2010). A pesar de que, por razones relacionadas con la construcción del Centro de Acogida de Visitantes, no se llegó



Figura 10. Vista general de la cabaña 11/14, localizada en el Área 11 (foto, NRT Arqueólogos).



Figura 11. Detalle del banco corrido o vasar de la cabaña 11/14 (foto, NRT Arqueólogos).



Figura 12. Agujeros de poste en el interior de la cabaña 11/14 (foto, NRT Arqueólogos).



Figura 13. Fosa localizada dentro de la cabaña 11/14 (foto, NRT Arqueólogos).

a agotar la estratigrafía, y además las cabañas medievales alteraron o destruyeron parte de los estratos superiores del poblado soteño, los restos exhumados del mismo son de un indudable interés. Aparecieron a tan sólo 40 cm de la superficie actual, sobre todo dentro de la cabaña medieval 11/37, pero a una cota varios centímetros por debajo de sus cimientos (Fig. 14). Fuera de dicha cabaña no pudo llegarse a los niveles del Hierro I por la presencia de otras cabañas, también medievales, así como de diferentes estructuras más modernas que no se creyó conveniente fuesen desmontadas. Por tanto, fueron unos pocos metros cuadrados del poblado soteño los que en esta zona pudimos investigar, aun a sabiendas de que sus restos se extendían, mejor o peor conservados, por una superficie bastante mayor bajo las estructuras medievales y fuera ya de los límites del rectángulo marcado.

Lo documentado son los restos de varias pequeñas estructuras inmuebles de barro y niveles de arcillas prensadas pertenecientes a una cabaña de planta circular, de tamaño mediano/pequeño, aunque no se pudo establecer su perímetro, cuya destrucción pudo deberse a un incendio, ya que todo el conjunto presentaba un sedimento con las características coloraciones anaranjadas y negruzcas originadas por las altas temperaturas que se alcanzan en episodios de fuego generalizado. El suelo de la cabaña (U.E. 11/50) era de arcilla apisonada muy compacta sobre el que se extendía una fina capa de cenizas. Fue sobre el mismo y en el que lo cubría donde aparecieron la mayor parte de los restos cerámicos recuperados, pero antes de abordar su análisis conviene que nos centremos en las estructuras constructivas que se conservaban.

Y la primera de ellas era un pequeño horno de planta circular, de 68 cm de diámetro, que, por la curvatura hacia el interior de las paredes, debió de cerrar en cúpula (Fig. 15). Está construido en barro y tuvo las paredes enlucidas mediante una fina capa de arcilla. Si bien se pudo identificar el lugar donde se situaba la boca, cuyos laterales se redondearon como es habitual en hornos soteños similares, la parte opuesta había sido destruida durante la construcción de la cabaña medieval 11/37, lo cual no impidió que se pudiera constatar cómo estuvo adosado a la pared. Su suelo era de arcilla endurecida por el fuego. Como más adelante veremos, entre los restos cerámicos recuperados en esta cabaña aparecieron varios fragmentos de crisoles, algunos de ellos con importantes adherencias de cobre/bronce en sus paredes interiores, pero no por ello nos parece que el horno que acabamos de describir tuviera que ver con actividades metalúrgicas, sino más bien culinarias. Se trata de un horno para la preparación de alimentos de características semejantes a los que vemos en tantos poblados soteños del centro del Duero, entre los que destaca por su excelente estado de conservación el documentado en el séptimo nivel de habitación del sondeo de 1989-90 efectuado en El Soto de Medinilla (Misiego *et alii*, 1993; Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 159, fig. 4, lám. III; Arnáiz y De la Fuente, 2016), aunque el vallisoletano es mayor, ya que tiene 1,15 m de diámetro.

Al noreste del horno, y a menos de 1 m de distancia, más hacia el centro de la cabaña, aparecieron los restos de un hogar (Fig. 16). Poseía una planta semicircular, de 33 cm de anchura y 70 cm de largo, en la que se conservaba, en toda su longitud, el remate redondeado de la parte recta del mismo, delimitado por fragmentos constructivos de cerámica *in situ*, muchos de los cuales mostraban una serie de orificios circulares que perforaban por completo



Figura 14. Restos constructivos del Hierro I bajo la cabaña medieval 11/37, exhumados en la campaña de 2010 (foto, NRT Arqueólogos).



Figura 15. Pequeño horno de barro (U.E. 11/51), de planta circular, destruido durante la construcción de la cabaña medieval 11/37 (foto, NRT Arqueólogos).



Figura 16. Restos de un hogar (U.E. 11/52), situado hacia el centro de la cabaña del Hierro I (foto, NRT Arqueólogos).

la placa. El suelo, algo deprimido en su zona central, estaba formado por una capa de barro tamizado muy bien prensado, alisado y endurecido por el fuego. Seguramente este horno tuvo funciones culinarias, al tiempo que serviría para calentar la cabaña e iluminarla durante las horas nocturnas.

Finalmente, también se hallaron hacia el centro de la construcción restos de pequeños muretes rectos de adobe, pero debido a su alto grado de destrucción desconocemos para qué servirían, si tienen que ver con las dos estructuras de combustión descritas, son otras más, pertenecen a un área de trabajo, etc. Lo que sí parece improbable es que se trate de tabiquería, que hubiese servido para compartimentar en pequeños espacios una cabaña ya de por sí pequeña. La aparición de algunos restos de piedra trabajada y pulimentada junto a ellos inducen a pensar más bien en un espacio de trabajo artesanal. Además de esos restos pétreos, se recuperaron fragmentos de recipientes cerámicos de elaboración manual, cocidos en atmósferas reductoras, entre los cuales hay varios bordes decorados con digitaciones e impresiones de instrumento. Pero como unas líneas más arriba hemos adelantado, lo más interesante de los restos cerámicos recuperados en este espacio son una serie de fragmentos relacionados con actividades metalúrgicas. Los más destacados, aunque no los únicos, son varios fragmentos de crisoles pertenecientes a, al menos, dos ejemplares, más uno completo (Fig. 17). Los fragmentados son de factura burda, de superficies exteriores alisadas, tamaño mediano –mayores que los recuperados, por ejemplo, en Zorita, de Valoria la Buena (Martín

Valls y Delibes, 1978: 224, figs. 5-7; Delibes, 1997: 82) o en La Corona-El Pesadero (Misiego *et alii*, 2013: 228-233, fig. 43, láms. 110 y 111)—, y cuentan con asidero espeso en la base opuesta de la piquera, por lo que pertenecen a un tipo que unas veces es referido como “de muñón” y otras como “de orejetas”, con buenos referentes en numerosos poblados soteños, tales como el zamorano que acabamos de citar (Misiego *et alii*, 2013: 228-231, láms. 110 y 111), el palentino de Reinoso de Cerrato (Del Amo y Rodríguez, 2006: 42) o el vallisoletano de Valoria la Buena al que unas líneas arriba también nos hemos referido (Martín Valls y Delibes, 1978).

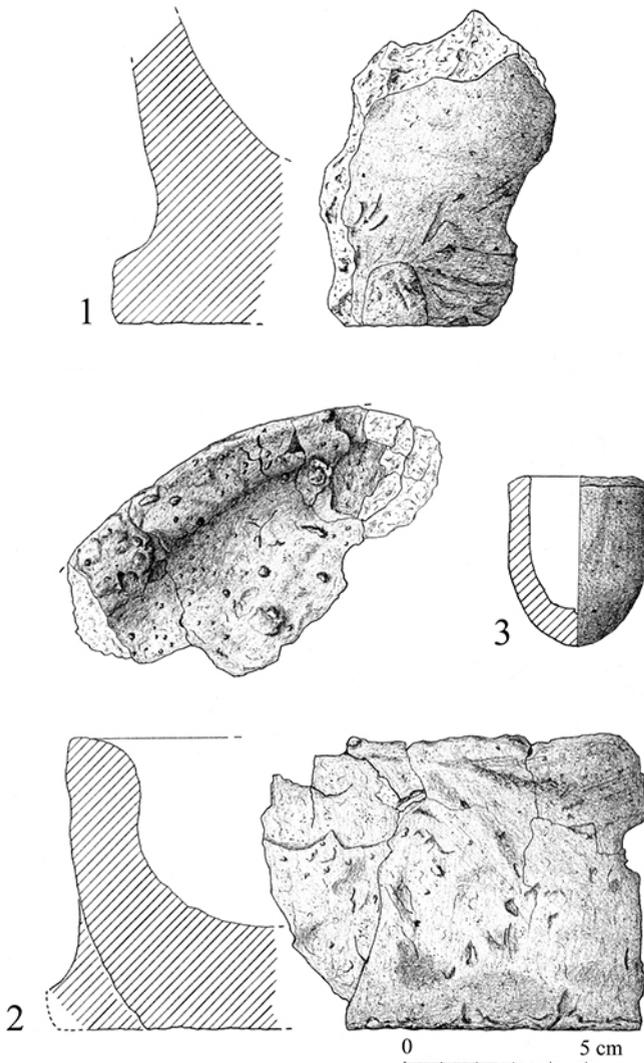


Figura 17. Fragmentos de crisoles hallados entre los restos de la cabaña del Hierro I exhumada en 2010. 1, crisol sin usar; 2, crisol muy usado; 3, pequeño crisol en forma de cubilete sin indicios de haber sido usado (dibujo, J. F. Blanco).



Figura 18. Vista frontal de la superficie interior del crisol 2 (foto, J. F. Blanco).



Figura 19. Detalle de los nódulos de bronce del segundo momento de uso del crisol 2 (foto, J. F. Blanco).

Uno de los crisoles ponferradinos no muestra indicios de que haya sido utilizado (Fig. 17, 1), pero el otro aún conserva en su pared interior abundantes nódulos de bronce adheridos (Fig. 17, 2 y Figs. 18 y 19). En las fracturas de este último hemos podido apreciar un detalle técnico al que nos parece interesante dedicar un comentario porque nos permite saber cómo algunos crisoles eran reparados para volver a ser utilizados. El proceso en este crisol fue el siguiente: una vez fabricado, se vertió en él al menos una colada; en un segundo momento, con la pieza ya fría, la superficie interior se forró de una nueva capa de arcilla, de unos 5/7 mm de espesor, y sobre ella se vertió una nueva colada. Seguramente esto se hizo porque la superficie que acogió la primera colada se resquebrajó por causa del fuerte choque térmico que se produjo y para que pudiera seguir siendo utilizado no hubo más remedio que forrar el espacio cuenquiforme con una nueva capa de arcilla. Todo esto viene perfectamente indicado en el hecho de que entre la superficie interior del cuenco original y el forrado posterior se conservan restos de nódulos de bronce pertenecientes a un vertido inicial (Fig. 20). Por tanto, este crisol se usó al menos en dos ocasiones.

Acompañan a ambos crisoles otras dos piezas vinculadas con las actividades metalúrgicas. En primer lugar, un crisol más que se ha conservado prácticamente completo pero que nada tiene que ver con los anteriores desde el punto de vista tipológico, ya que es un pequeño cubilete de base apuntada que tan solo tiene 4,8 cm de altura y 3 cm de diámetro de boca, asimilable, por tanto, al Tipo G de Tylecote (cit. en Renzi, 2010: fig. 8) (Fig. 17, 3 y Fig. 21), del que, para más datos, diremos que no fue usado, ya que no había en su interior restos de colada de bronce. Y en segundo lugar, un fondo de vasija de tipo olla, prácticamente plano, de 8,6 cm de diámetro, en cuya superficie externa se conservaban restos de bronce adheridos, como si hubiera sido colocado sobre bronce aún incandescente (Fig. 25, 6).

La presencia de estos tres crisoles y del fondo de olla en la cabaña nos sugiere la idea de que sus moradores además de realizar en ella las actividades propias de la vida doméstica – incluso se recuperó una fusayola lenticular de barro (Fig. 26, 3), lo que puede indicar la existencia de producción textil–, llevaron a cabo trabajos metalúrgicos, con lo que en parte tuvo función de taller, aunque habría que pensar que puesto que el hornito y el hogar aludidos fueron para cocinar, el horno de fundición seguramente no estuvo dentro, sino fuera, pues la temperaturas superiores a mil grados que se requieren para fundir cobre supondrían un elevado riesgo de incendio, por no hablar de la toxicidad de los minerales metálicos fundidos. Lejos de ser excepción en el mundo soteño un conjunto de evidencias doméstico/metalúrgicas como este, se ha comprobado que era habitual en muchos poblados en los que se tienen documentadas actividades metalúrgicas (Delibes *et alii*, 1995: 70).



Figura 20. Detalle de la sección del crisol 2. 1, nódulos de bronce del segundo momento de uso; 2, nódulos de bronce del primer momento de uso (foto, J. F. Blanco).



Figura 21. Pequeño crisol con forma de cubilete, de paredes alisadas, sin indicios de haber sido usado (foto, J. F. Blanco).

4. Los materiales

En todos aquellos lugares en los que han aparecido restos de las cabañas soteñas, los materiales recuperados han sido muy escasos y, si obviamos los dos fragmentos de molino barquiforme de granito que aparecieron en 2005, concretamente en la cabaña 11/14 de La Bodega, así como un mango en asta de ciervo obtenido en esa misma campaña (Fig. 26, 4), con exclusividad se limitan a fragmentos de cerámica. Debido a esta circunstancia, a que la documentada es sólo parte de la fase *de plenitud* de la cultura soteña y con la intención de no repetir aspectos al comentar cerámicas semejantes obtenidas en intervenciones distintas, nos ha parecido que lo más aconsejable era englobar en un único epígrafe cuanto tenemos que decir respecto a los materiales. Además, de este modo se obtiene una aproximación general al equipo vascular usado por esta comunidad del Hierro I.

La pobreza de la colección cerámica recuperada en términos cuantitativos –resulta elocuente que sólo hayamos podido inventariar 53 fragmentos con interés morfo-funcional– lo es también en lo que a variedad de formas, tratamientos de las superficies y decoraciones, se refiere. Quizá sea un poco exagerado decir que se trata de un conjunto poco representativo de las producciones que se están fabricando y usando en esos mismos momentos *de plenitud* en la mayoría de los poblados soteños de la cuenca del Duero, pero lo cierto es que en él faltan varios de los elementos que son característicos: no hay ni un solo pie realizado –ni liso ni, mucho menos, decorado con molduras–, ni un solo vaso carenado –habida cuenta que están presentes a lo largo de todo el tiempo histórico del mundo soteño–, ni un borde almendrado como los que aparecen en platos, cuencos y tapaderas de lugares cercanos como los castros del noroeste de la provincia de Zamora (Esparza, 1986), ni un fino bruñido hasta adquirir un aspecto casi acharolado. Y si todo esto, que suele ser habitual en los poblados del centro de la cuenca del Duero, está ausente, no digamos ya de indicios pertenecientes a las primeras decoraciones a peine, las de finales del VII y siglo VI a. C., o de los más precoces recipientes a torno, de fabricación meridional, que, por cierto, sí han sido identificados en lugares no muy distantes como Valencia de Don Juan (Celis, 1996: 55) o La Corona-El Pesadero (Celis y Gutiérrez, 1989: 166-168; Misiego *et alii*, 2013: 49, 244 y 313, fig. 65, 4534 y 169), aunque bien es cierto que, además de ser excepcionales estos materiales, los dos lugares citados estuvieron ocupados durante más tiempo que el ponferradino y fueron núcleos de mayor entidad poblacional, pues al primero se le estiman una 7 hectáreas y al segundo unas 11 (Celis, 2002: 121).

Comparaciones aparte, casi toda la cerámica recuperada en nuestro yacimiento es de calidad media, con desgrasantes visibles a simple vista; se fabricó con masas arcillosas poco decantadas; fue cocida seguramente en horneras a no más de 650/700 grados, en atmósferas reductoras e irregulares poco controladas; por lo general sus superficies han sido simplemente alisadas, aunque algunos recipientes de tamaño pequeño y mediano han recibido un ligero bruñido; y poca es la inversión de tiempo y trabajo que han hecho sus fabricantes en decorarla, ya que sólo algunos bordes presentan impresiones de dedos o de instrumento. Puesto que es una tecnología alfarera muy básica, que ni siquiera requiere la disposición de hornos cerrados

o de cubetas especialmente preparadas, lo más lógico es pensar que se trata de recipientes fabricados localmente, en el ámbito familiar.

El repertorio de formas es, como se ha indicado, muy básico también. Empezando por los cuencos, los hemos documentado de tres tipos: los de perfil derivado de la esfera, los troncocónicos y un ejemplo de cuenco cerrado, de tipo vaso. El más interesante de entre los primeros es un cuenco hemisférico de superficies bruñidas que conserva parte de un asa que se eleva por encima del borde, aunque no en vertical, sino algo tendida hacia el exterior, cuya sección es circular (Fig. 22, 1). Puede que, simétricamente, dispusiera en la parte opuesta de un asa de similares características, pero al no conocer en el mundo soteño ningún cuenco completo con el que podamos poner en relación esta singularidad, esto es sólo una posibilidad. Es más, vasos soteños con este tipo de asas no creemos recordar en ningún yacimiento, ni siquiera en aquellos que fueron más permeables a las influencias del sur peninsular, que son las que nos están evocando. Junto al brazaete en omega y la fíbula de resorte a los que en los párrafos introductorios nos hemos referido, este cuenco ansado podría ser un indicio más de esas influencias orientalizantes en la zona leonesa a las que J. Celis ya se refirió hace unos años. Aunque éstas son muy poco consistentes aún, lo más probable es que llegaran a través de poblados soteños situados en el occidente de la cuenca del Duero, reductos últimos del trasiego comercial que discurría por la más tarde denominada Vía de la Plata.

Los cuencos troncocónicos son más corrientes en Ponferrada que los derivados de la esfera (Fig. 22, 2-4). Sólo alguno de ellos presenta un ligero engrosamiento del borde, aunque no llega a ser auténticamente almendrado, y pocos son los que han sido decorados con algún tipo de impresión. El más completo de ellos conservaba en su fondo interno restos de un pigmento rojo que no hemos podido analizar en el laboratorio pero que seguramente es hematites. Varios son los yacimientos soteños en los que se han constatado cuencos de cerámica que contuvieron materias colorantes rojas con las que se decoraron recipientes cerámicos, telas o cueros e incluso las paredes de algunas viviendas. En Cuéllar, por ejemplo, aparecieron asociados en el mismo estrato varios fragmentos de cerámica a mano con pintura roja postcoCCIÓN y restos de hematites (Barrio Martín, 1999: 217), y del también segoviano cerro de la Cuesta del Mercado (Coca) procede un cuenco soteño cuya pared interior conserva adherida una gruesa capa de hematites que no se puede considerar como decoración, sino como parte de esa materia colorante que contuvo (Blanco García, e. p.), un caso parecido al que encontramos en cierto cuenco zamorano de La Aldehuela.

El último tipo de cuenco, de perfil cerrado, es, como los anteriores, de tamaño pequeño, ya que sólo tiene 8,2 cm de diámetro de boca (Fig. 22, 5). Presenta decoración de impresiones de instrumento recto en el labio y se trata de una forma habitual en los repertorios de cerámica soteña.

Relacionadas con los cuencos de perfil troncocónico, que son la mayor parte, algunos de los bordes y galbos recuperados pertenecen ya a fuentes de tamaño mediano o grande (Fig. 23). Sus diámetros de boca oscilan entre los 23 y los 36 cm., y generalmente las superficies sólo han recibido un alisado básico. Sólo una de ellas muestra el borde ligeramente engrosado (Fig. 23, 3) y otra, vuelto en horizontal, estuvo decorado mediante impresiones digitales (Fig. 23, 1).

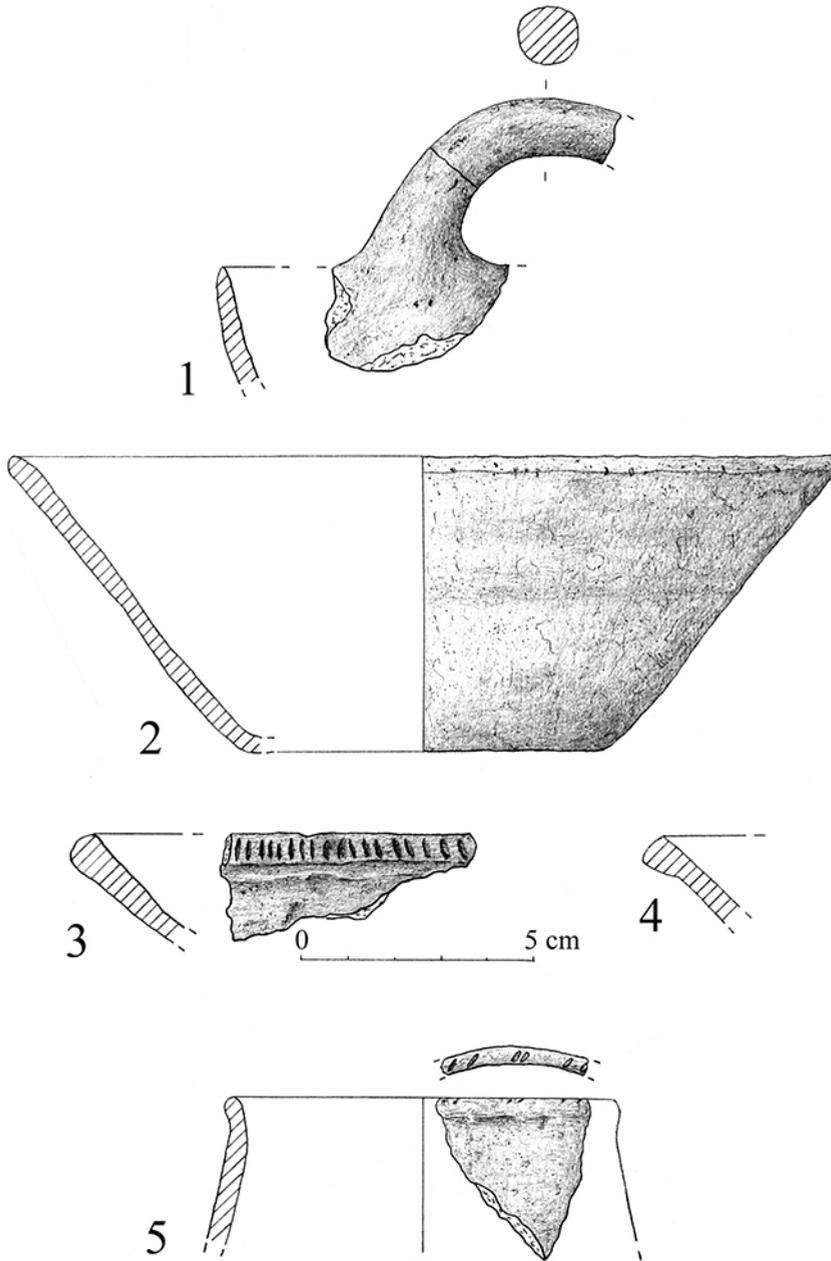


Figura 22. Cuencos. 1, hemisférico, con asa elevada por encima del borde; 2-4, troncocónicos; 5, de tipo vaso (dibujo, J. F. Blanco).

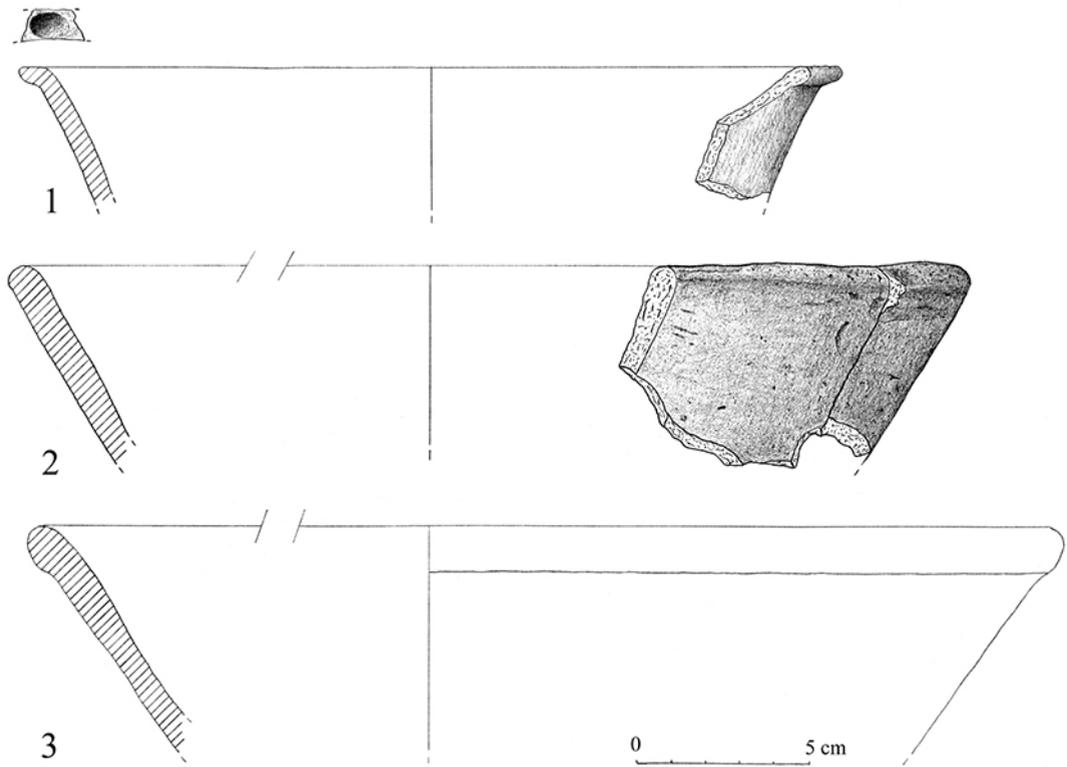


Figura 23. Fuentes troncocónicas (dibujo, J. F. Blanco).

Al igual que en cualquier otro yacimiento soteño, los recipientes de los que más fragmentos han aparecido son las ollas, en sus diversas formas, aunque debido a lo alterado que está el depósito arqueológico, de ninguna tenemos su sección completa (Figs. 24 y 25). La mayor parte de ellas poseen el cuello cilíndrico, pero no faltan las que lo tienen troncocónico o ligeramente curvado en “S”. En cualquier caso, es habitual que algunos de sus bordes, no muchos, hayan sido decorados con digitaciones o impresiones de un objeto de canto recto. Como es muy común, sus fondos son planos o ligeramente cóncavos.

Ya para finalizar este apartado, decir que, entre los fragmentos pertenecientes a recipientes de gran tamaño, a contenedores de víveres, agua o enseres, sólo dos pertenecen a sus bocas (Fig. 26, 1 y 2). Tienen, respectivamente, 31,6 y 39,8 cm de diámetro y sus superficies sólo han sido alisadas. Al igual que las ollas, estos vasos de almacenaje, que suelen ser de perfil bitroncocónico, son muy habituales en los poblados soteños.

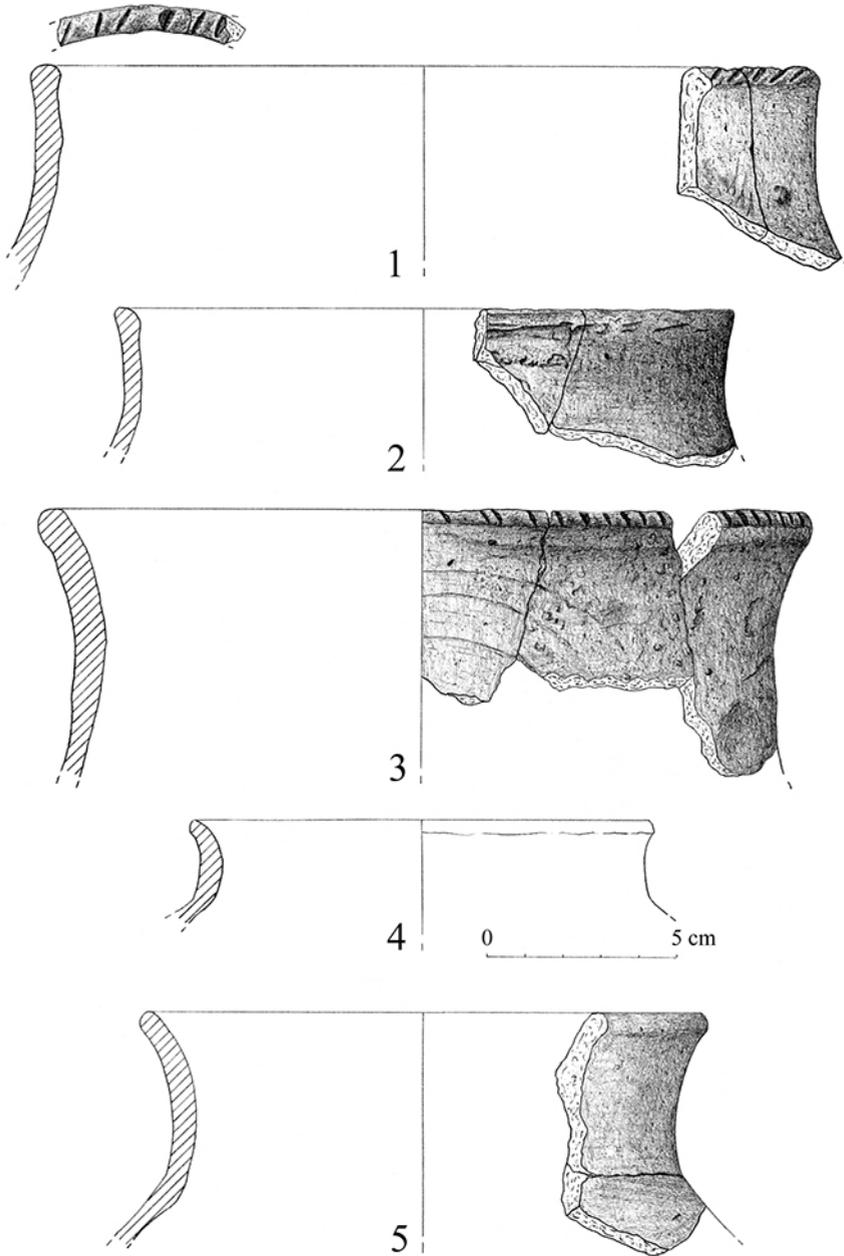


Figura 24. Diversos tipos de bocas de olla (dibujo, J. F. Blanco).

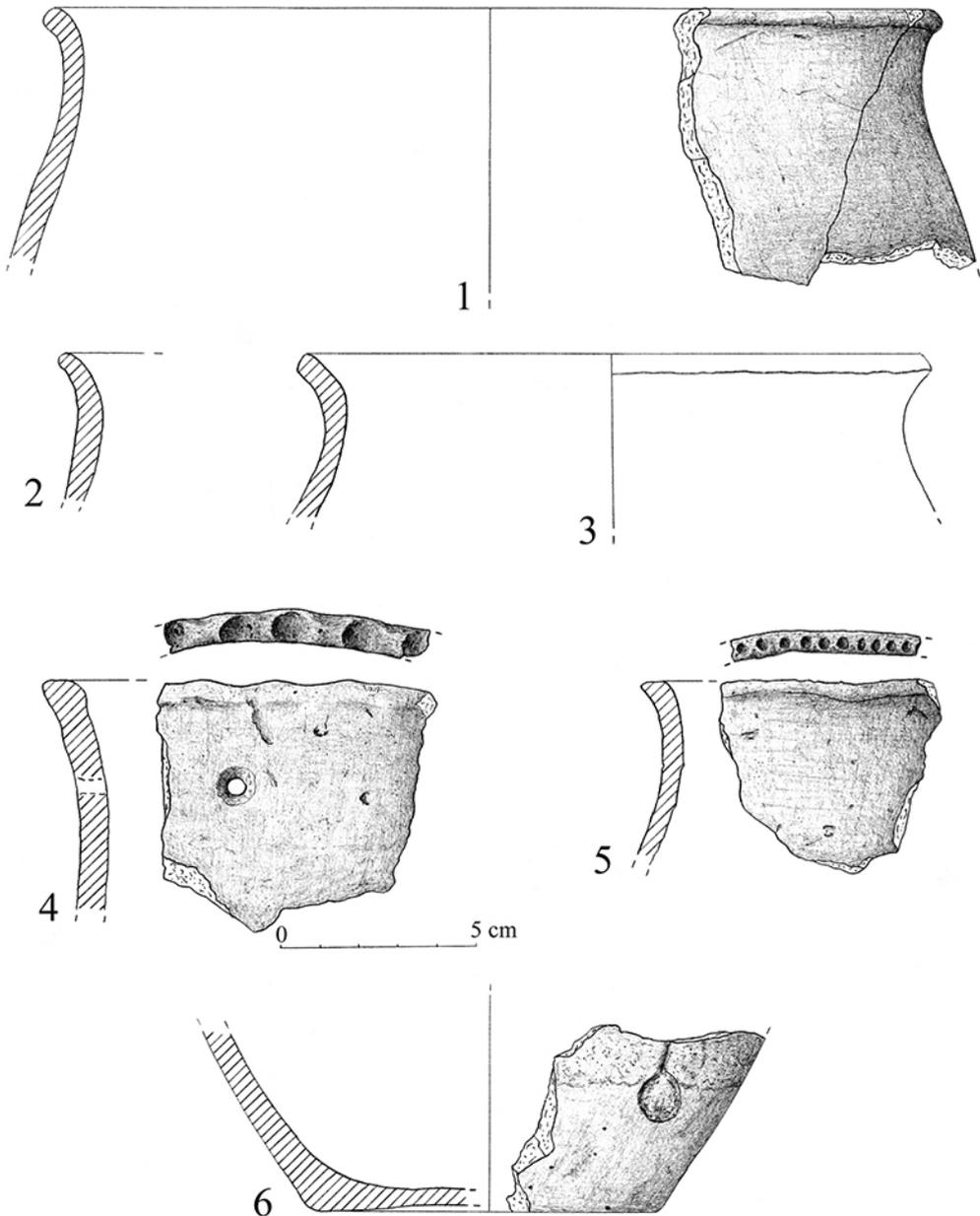


Figura 25. Cerámicas varias. 1-5, diversos tipos de bocas de olla (cont.); 6, fondo de olla con restos de colada de bronce (dibujo, J. F. Blanco).

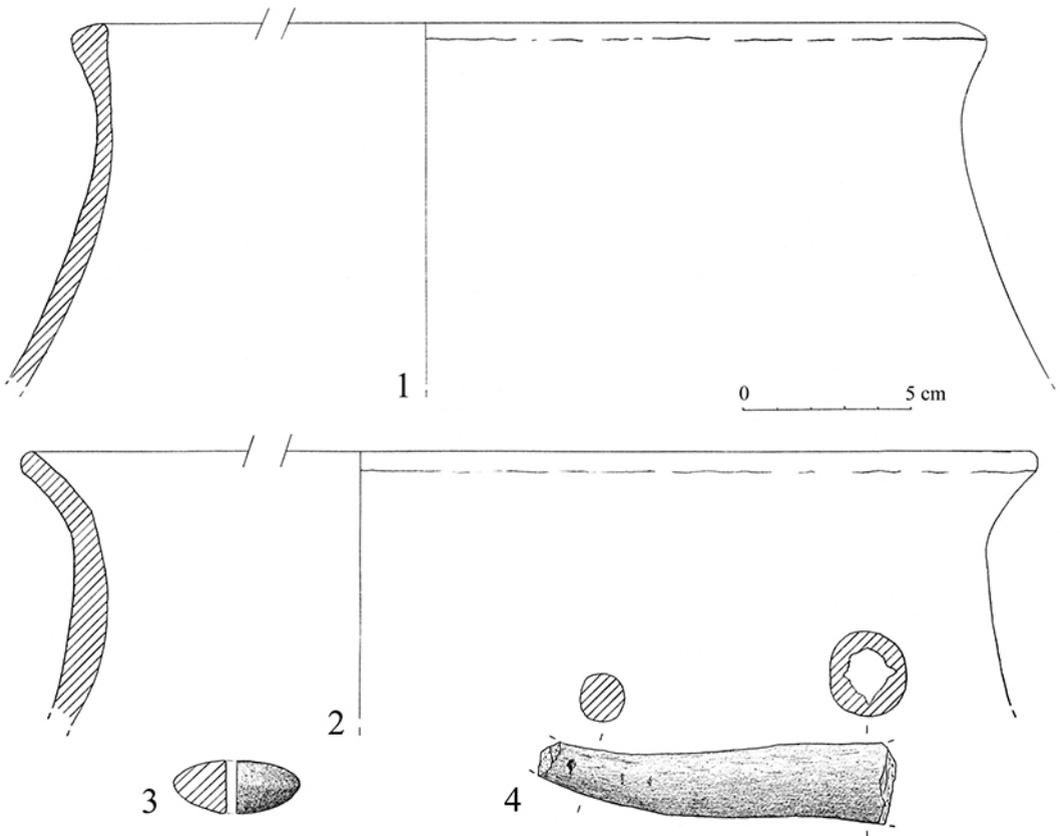


Figura 26. 1 y 2, vasos de almacenaje; 3, fusayola lenticular; 4, fragmento de mango en asta de cérvido (dibujo, J. F. Blanco).

5. Conclusiones

Si hay una conclusión clara que destila de todo lo anterior es que las excavaciones practicadas entre 1996 y 2010 sólo nos han permitido conocer retazos del poblado soteño que existió en el promontorio del Castillo de Ponferrada. La información que se ha ido acumulando bien es cierto que constituye un importante paso adelante respecto de los datos que se tenían hasta esas fechas, pero aún resulta insuficiente. Insuficiente porque todavía no se puede concretar la extensión máxima real que llegó a alcanzar en la época de su mayor desarrollo, si abarcó todo el cerro o sólo la parte meridional, que es donde se concentran los sondeos efectuados. Insuficiente porque absolutamente nada sabemos sobre si fue un poblado abierto o contó con algún tipo de estructura artificial de defensa, como es habitual en cada vez más

poblados soteños (Romero, Misiego y Marcos, 2015). Insuficiente porque, habiendo sido dos las fases constructivas registradas en algunos puntos concretos, no sabemos si fueron más en otros o solamente una en determinados puntos del cerro. Insuficiente porque no hemos conseguido excavar ni una sola cabaña completa, en todo su diámetro, y posibilidades hay, de tener en cuenta que es mucha la extensión que ni siquiera ha sido sondeada. Y aún quedan más insuficiencias: no tenemos ni una sola fecha radiométrica para establecer el momento en el que surge y aquel otro en el que se deshabita; al no haberse podido recuperar en los puntos intervenidos restos de frutos y semillas carbonizados así como de faunas consumidas, carecemos por completo de datos de carácter económico más allá de los que sugiere el medio natural en el que se sitúa el asentamiento; y en fin, la muestra de materiales que se ha recuperado, incluida la cerámica, tan generosa en todo tipo de información, es aquí muy limitada. Se podrían seguir señalando muchas más carencias, pero la media docena larga que hemos apuntado creemos que son las más destacadas. La cara positiva de todo esto es que en muchas zonas en las que no se ha intervenido, o que quedaban fuera de los límites de nuestros sondeos, se siguen conservando restos de este poblado, con lo que en el futuro se podrían completar y ampliar datos. Eso sí, de mantenerse las características de cuanto nosotros hemos podido registrar, y nos referimos ahora a las estructuras arquitectónicas en concreto, previsiblemente esos restos deben de estar muy deteriorados.

Si las cabañas exhumadas por nosotros las conocemos de manera deficiente, en parte es porque se encuentran en bastante mal estado de conservación debido a que, primero las cabañas de los siglos XII-XV y luego las obras de construcción del castillo, las han desmantelado en gran medida. Además, el hecho de que en algunas zonas con restos arquitectónicos del Hierro I no se haya profundizado hasta los niveles geológicos nos ha privado de conocer cómo son las cabañas iniciales y en qué momento se asientan en el cerro los primeros ocupantes. Pero todo esto no tiene porqué repetirse en futuras excavaciones en otras partes del promontorio.

Puesto que en esta ocasión únicamente se han podido identificar restos parciales de cabañas de planta circular –que son, por otra parte, las más corrientes en los poblados soteños (Ramírez, 1999)–, en puntos diferentes y a veces distanciados, pocos datos tenemos para aproximarnos a la densidad constructiva que hubo de existir en el cerro en estos momentos del Hierro I. Sí parece que se trata de un tipo de urbanismo diseminado en el que las cabañas eran unidades estructurales aisladas, seguramente unifamiliares, si bien en varios casos la pared de alguna de ellas llegaba a contactar con la de su vecina en sendos puntos de sus circunferencias, aunque no por ello se puede hablar de la existencia de muros medianiles. Prácticamente se trata del mismo esquema urbanístico que manifiestan las cabañas de los siglos XII-XV exhumadas (Retuerce, Hervás y Lucendo, 2008) aunque, evidentemente, está fuera de lugar establecer algún tipo de conexión cultural entre ambos momentos por los muchos los siglos que median entre uno y otro. No obstante, y a resultas de las escasas diferencias de cota que en algunos lugares hay entre las cabañas soteñas y las medievales, sí nos parece interesante sugerir la idea de que muy posiblemente los constructores de estas últimas al hacer sus cimientos y topar con los gruesos bolos de piedra de algunas de aquéllas, pues a veces ambas

contactan en la vertical, los extrajeran y reaprovecharan. Sólo de este modo se entendería cómo varias cabañas soteñas conservan una parte de su anillo perimetral de piedra en toda su anchura y perfecto estado de conservación, y le falta por completo el resto de la circunferencia. En estos casos cabe la posibilidad de que esos constructores medievales extrajeran la piedra para los cimientos y zócalos de sus cabañas de los muros de las soteñas, es decir, que utilizaran éstos como canteras de aprovisionamiento fácil, y una vez obtenido el material que necesitaban abandonar el trabajo. De ahí que sólo se conserven restos parciales de los anillos pétreos de las cabañas del Hierro I. Conviene recordar, a este respecto, que esta manera de proceder era muy común durante la época medieval en ciudades con un pasado romano o prerromano: en poblaciones donde la piedra escaseaba o en las que las canteras estaban lejos, las gentes de época medieval prefirieron excavar en el subsuelo, hacer acopio de piedra de los cimientos y zócalos de las edificaciones de esas culturas pasadas y reutilizarla en las suyas. Esto es lo que explica la gran cantidad de fosas medievales rompiendo muros de piedra en muchas ciudades históricas.

Volviendo a nuestro yacimiento berciano, hay algunos aspectos de carácter arquitectónico que cabe añadir a los señalados más arriba y que han quedado en suspenso hasta futuras excavaciones, como por ejemplo, y en primer lugar, saber si con las cabañas de planta circular convivieron las de planta cuadrangular, como es habitual en poblados soteños del centro de la cuenca del Duero en estos momentos avanzados del Hierro I, aunque considerando las características climatológicas de El Bierzo, con lluvias más abundantes en aquella época incluso que ahora, hemos de concluir que son más adecuadas las casas circulares con techumbres cónicas de fuerte inclinación que las cuadrangulares con cubierta a una o dos aguas. Las cabañas medievales del propio yacimiento siguieron siendo, como se recordará, de planta circular, como también lo fueron las de época romana en otros poblados del entorno. En segundo lugar, desconocemos si las cabañas ponferradinas dispusieron de espacios anejos complementarios que pudieran servir como almacén, silo, etc., habituales en otros poblados soteños. En tercer lugar, tampoco sabemos si existen cabañas de dimensiones más grandes que las hasta ahora documentadas, mejor equipadas e incluso con elementos singulares, como pudieran ser pinturas murales, lo que de ser así nos permitiría al menos plantear la posibilidad de que algunas familias estuvieran en una posición socio-económica un poco más destacada que las demás y de ahí a la existencia de una incipiente jerarquización social, como en muchos poblados soteños de esta misma cronología se observa (Blanco García, 2014), no hay más que un paso.

En cualquier caso, da la impresión de que la comunidad que vivió en este lugar se encontraba, desde el punto de vista del desarrollo económico, unos pasos por detrás de las comunidades soteñas del centro de la cuenca del Duero. Un poco más distante de ese nivel de vida de cierta “opulencia” con el que en alguna ocasión han sido tildadas éstas. Los mismos equipos cerámicos de los que hacían uso y la escasez, cuando no la falta, de otros elementos de la vida doméstica que son habituales en los poblados coetáneos del centro del Duero apuntan en esa dirección.

Capítulo importante en la definición del perfil económico de los soteños del cerro del Castillo de Ponferrada es el que se refiere a las actividades metalúrgicas. A pesar de que las evidencias aún son escasas y parciales, ya que no documentan toda la cadena operativa de producción de objetos de bronce, pues sólo contamos con varios fragmentos de crisoles pero faltan restos de los hornos, gotas, moldes, toberas y escorias, es incuestionable la existencia de tales actividades, con lo que el cerro del Castillo de Ponferrada viene a sumarse a los numerosísimos asentamientos de tipo Soto en los que la metalurgia del bronce estuvo firmemente establecida: Gusendos de los Oteros, Sacaojos, Villacelama, San Juan de Torres, Barrios de Luna, Valencia de Don Juan, Benavente, Castromocho, Zorita, el propio Soto de Medinilla y un largo etcétera. Al desconocer por completo los tipos de objetos que se estuvieron fabricando, pues el brazalete al que ya hemos aludido lo más probable es que se trate de una importación, lo mismo que la fíbula de resorte igualmente mencionada, nada podemos decir respecto al tipo de metalurgia desarrollada, si bien, y como varios autores antes que nosotros han manifestado al referirse a ella en la amplia región septentrional de la cuenca del Duero y la zona berciana (Delibes y Romero, 1992: 244-245; Celis, 1996: 52; Delibes y Fernández, 1999: 181-186; Romero, Sanz y Álvarez-Sanchís, 2008: 670-671), con toda seguridad estaríamos ante una metalurgia atlántica, prolongación natural de la que se venía desarrollando durante el Bronce Final.

Ya para finalizar, y por lo que a la cronología se refiere, tanto las cerámicas recuperadas como las fechas que se vienen manejando para los poblados soteños de las tierras meseteñas del noroeste leonés, de los que teóricamente derivaría el ponferradino, nos permiten concretar que éste surgió en momentos indeterminados de la *fase de plenitud* de la cultura del Soto de Medinilla, quizá en el siglo VII a. C., pero que se deshabita en la centuria siguiente o bien dentro ya del V a. C., sin que, al menos por ahora, existan indicios de que perviviera entrado el Hierro II, dato este último que queda condicionado a la realización de futuras excavaciones en puntos donde aún no se ha intervenido, aunque ya es sintomático que no se conozca ni un solo fragmento de cerámica prerromana a torno, como, dicho sea de paso, tampoco hay restos romanos. El cerro parece ser que estuvo deshabitado, por tanto, entre los siglos VI/V a. C. y el XII d. C., fecha esta última en la que de nuevo se construyen pequeñas casas de planta circular con cubiertas cónicas de ramajes.

Por el extremo cronológico opuesto, tampoco parece existir conexión entre los restos del Bronce Final hallados en Ponferrada, y nos estamos refiriendo concretamente al depósito formado por ocho (¿o nueve?) hachas de talón descubierto en el barrio de La Placa, así como a otras piezas aisladas (Mañanes, 1988: 136; Herrán, 2008: 72-73, fig. 46, 4) y el surgimiento del poblado soteño. Como es bien sabido, estos hallazgos responden a un fenómeno ampliamente extendido, pero insuficientemente conocido aún, de ocultación de stocks de herramientas, armas y adornos, tanto completos como fragmentados, en lugares diferentes a aquellos en los que se sitúan los poblados.

BIBLIOGRAFÍA

- ARNÁIZ, M. A.; DE LA FUENTE, I. (2016): “El horno de origen oriental procedente del séptimo nivel de hábitat de El Soto de Medinilla (s. VII A. C.)”, *Zephyrus*, LXXVII, pp. 99-117.
- ARRUDA, A. M. (2005): “O 1º milenio a.n.e. no Centro e no Sul de Portugal: leituras possíveis no início de um novo século”, *O Arqueólogo Português*, Série IV, 23, pp. 9-156.
- BARRIO MARTÍN, J. (1999): *La II Edad del Hierro en Segovia (España). Estudio arqueológico del territorio y la cultura material de los pueblos prerromanos*. BAR, Int. Ser., 790. Oxford.
- BELLIDO BLANCO, A.; CRUZ SÁNCHEZ, P. J. (1993): “Notas sobre el yacimiento protohistórico de Sieteiglesias (Matapozuelos, Valladolid)”, en F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.) *Arqueología Vaccaea. Estudios sobre el Mundo Prerromano en la Cuenca Media del Duero*, pp. 263-277. Valladolid.
- BERNALDO DE QUIRÓS, F.; NEIRA CAMPOS, A.; SÁNCHEZ-LAFUENTE, J.; GONZÁLEZ ALONSO, E. (2000): “Prehistoria”, en M. A. Rabanal (coord.) *La Historia de León*. Vol. I, *Prehistoria. Edad Antigua*, pp. 15-113. León.
- BLANCO GARCÍA, J. F. (2014): “Indicios arqueológicos de desigualdad social en los poblados de la fase de plenitud de la cultura del Soto de Medinilla (700-400 a. C.) situados en el centro de las campiñas meridionales del Duero”, en *Homenaje a la profesora Catalina Galán Saulnier. Anejos a Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 1, pp. 87-100. Madrid.
- (2018): *Cauca vaccea. Formación, desarrollo y romanización de una ciudad*. Vaccea Monografías, 5. Centro de Estudios Vacceos “Federico Wattenberg” de la Universidad de Valladolid. Valladolid.
- (e. p.): “La cerámica fabricada a mano con decoración pintada de la Primera Edad del Hierro en el valle del Duero”, en S. Celestino y E. Rodríguez (coords.) *Las cerámicas a mano pintadas de la península Ibérica durante la I Edad del Hierro*. Anejos de AEspA. Madrid.
- CELIS, J. (1996): “Origen, desarrollo y cambio en la Edad del Hierro de las tierras leonesas”, en L. Grau (coord.) *ArqueoLeón I. Historia de León a través de la arqueología*, pp. 41-67. León.
- (2002): “El Bronce Final y la primera Edad del Hierro en el noroeste de la Meseta”, en M. A. de Blas y A. Villa (eds.) *Los Poblados Fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: Formación y Desarrollo de la Cultura Castreña. Homenaje al Prof. Dr. José Manuel González y Fernández-Vallés*, pp. 97-126. Navia.
- (2003): “Notas sobre las etapas de la cultura castreña en El Bierzo”, en J. A. Balboa, I. Díaz y V. Fernández (coords.) *Actas de las Jornadas sobre Castro Ventosa*, pp. 13-33. León.
- CELIS, J.; GUTIÉRREZ, J. A. (1989): “Noticia de la excavación de urgencia en ‘El Pesadero’, Manganeses de la Polvorosa, Zamora”, *AIEZFO* 1989, pp. 161-169.
- CELIS, J.; MUÑOZ, F. (2015): “Veinte años en la investigación de la Edad del Hierro en las tierras de León”, en L. Grau (coord.) *ArqueoLeón II. Historia de León a través de la arqueología*, pp. 43-65. León.
- DEL AMO, M.; PÉREZ, F. J. (2006): *Museo de Palencia. Guía*. Junta de Castilla y León. Palencia.
- DELIBES, G. (1997): “Prehistoria y Protohistoria”, en E. Wattenberg García (coord.) *Museo de Valladolid. Guía*, pp. 55-104. Valladolid.
- DELIBES, G.; FERNÁNDEZ, J. (1999): “Calcolítico y Bronce en el piedemonte meridional de la Cordillera Cantábrica: un marco de referencia para los objetos de metal de la Colección Fontaneda”, en G. Delibes et alii, *Metalurgia de la Edad del Bronce en el piedemonte meridional de la Cordillera Cantábrica. La Colección Fontaneda*. (Arqueología en Castilla y León. Monografías, 3), pp. 153-186. Zamora.
- DELIBES, G.; ROMERO, F. (1992): “El último milenio a. C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural”, en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.) *Paleoetnología de la península Ibérica* (Complutum 2-3), pp. 233-258. Madrid.

- DELIBES, G.; ROMERO, F.; RAMÍREZ, M. L. (1995): “El poblado ‘céltico’ de El Soto de Medinilla (Valladolid). Sondeo estratigráfico de 1989-90”, en G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.) *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio A. C. en el Duero Medio*, pp. 149-177. Valladolid.
- DELIBES, G.; ROMERO, F.; SANZ, C.; ESCUDERO, Z.; SAN MIGUEL, L. C. (1995): “Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio”, en G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.) *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*, pp. 47-146. Valladolid.
- ESPARZA, A. (1986): *Los castros de la Edad del Hierro en el Noroeste de Zamora*. Zamora.
- (2003): “Castros con piedras hincadas del oeste de la Meseta y sus alrededores”, en N. Alonso, E. Junyent, A. Lafuente y J. B. López (coords.) *Chevaux-de-frise i fortificació en la primera edat del ferro europea*, pp. 155-178. Lleida.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C. (2009): “Prehistoria e Historia Antigua”, en V. Fernández y M. J. García (coords.) *Historia de Ponferrada*, pp. 15-46. León.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2006-2007): *Galaicos. Poder y comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica (1200 a. C.- 50 d. C.)*. 2 tomos. Brigantium 18 y 19. A Coruña.
- HERRÁN, J. I. (2008): *Arqueometalurgia de la Edad del Bronce en Castilla y León*. Studia Archaeologica, 95. Valladolid.
- LÓPEZ SÁEZ, J. A.; BLANCO-GONZÁLEZ, A. (2003): “La mutación Bronce Final/Primer Hierro en el suroeste de la cuenca del Duero (provincia de Ávila): ¿cambio ecológico y social?”, en A. Esparza (coord.) *Encuentro de Jóvenes Investigadores sobre el Bronce Final y el Hierro en la Península Ibérica*, pp. 219-238. Salamanca.
- LÓPEZ SÁEZ, J. A.; BLANCO-GONZÁLEZ, A.; LÓPEZ MERINO, L.; RUIZ ZAPATA, L.; DORADO, M.; PÉREZ DÍAZ, S.; VALDEOLMILLOS, A.; BURJACHS, S. (2009): “Landscape and climatic changes during the Late Prehistory in the Amblés Valley (Ávila, Central Spain) from 1200 to 400 cal B.C.”, *Quaternary International*, 200, pp. 90-101.
- LUCENDO, D.; RETUERCE, M. (2010): *Informe preliminar. Control arqueológico en la implantación de un pabellón provisional para servicios de exposición en el Castillo de Ponferrada (León)*. Informe inédito entregado en el Servicio Territorial de Cultura de la Junta de Castilla y León, en León.
- LUENGO, J. M. (1929): *El Castillo de Ponferrada*. León.
- MACARRO, C.; ALARIO, C. (2012): *Los orígenes de Salamanca: el poblado protohistórico del Cerro de San Vicente*. Centro de Estudios Salmantinos. Salamanca.
- MAÑANES, T. (1981): *El Bierzo Prerromano y Romano (León, occidente del Convento Jurídico Astur)*. Fuentes y Estudios de Historia Leonesa, 27. León.
- (1983/1984): “Protohistoria y romanización de la provincia de León. Hábitat y cronologías”, en *Actas do Colóquio Inter-Universitário de Arqueologia do Noroeste. Portugalia*, IV/V, pp. 151-173. Porto.
- (1987): *Arqueología de la Cuenca Leonesa del Río Sil (Laciana, El Bierzo y La Cabrera)*. Valladolid.
- MARTÍN VALLS, R.; DELIBES, G. (1978): “Die Hallstatt-Zeitliche siedlung von Zorita bei Valoria la Buena (prov. Valladolid)”, *Madriider Mitteilungen*, 19, pp. 219-230.
- MISIEGO, J. C.; MARCOS, G. J.; SARABIA, F. J.; MARTÍN, J.; MARTÍN, F. J. (1993): “Un horno doméstico de la Primera Edad del Hierro de ‘El Soto de Medinilla’ (Valladolid) y su análisis por ATD”, *BSAA*, LIX, pp. 89-111.
- MISIEGO, J. C.; MARTÍN, M. A.; MARCOS, G. J.; SANZ, F. J.; PÉREZ, F. J.; DOVAL, M.; VILLANUEVA, L. A.; SANDOVAL, A. M.; REDONDO, R.; OLLERO, F. J.; GARCÍA, P. F.; GARCÍA, M. I.; SÁNCHEZ, G. (2013): *Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de ‘La Corona/El Pesadero’, en Manganeses de la Poborosa. La Edad*

- del Hierro y la Época Romana en el norte de la provincia de Zamora*. Arqueología en Castilla y León. Memorias, 19. Edición electrónica.
- MORALES, A.; LIESAU, C. (1995): “Análisis comparativo de las faunas arqueológicas en el valle Medio del Duero (prov. Valladolid) durante la Edad del Hierro”, en G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.) *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*, pp. 455-514. Valladolid.
- MORÁN, C. (1925): *Por Tierras de León*. Salamanca.
- OREJAS, A. (1996): *Estructura social y territorio. El impacto romano en la cuenca noroccidental del Duero*. Anejos de AEspA, XV. Madrid.
- QUINTANA, J. (1993): “Sobre la secuencia de la Edad del Hierro en Simancas”, en F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.) *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el Mundo Prerromano en la Cuenca Media del Duero*, pp. 67-91. Valladolid.
- RAMÍREZ, M. L. (1999): “La casa circular durante la primera Edad del Hierro en el Valle del Duero”, *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1995/1996*, 7, pp. 67-94.
- REDENTOR, A. (2003): “Pedras fncadas em Trás-os-Montes (Portugal)”, en N. Alonso, E. Junyent, A. Lafuente y J. B. López (coords.) *Chevaux-de-frise i fortificació en la primera edat del ferro europea*, pp. 135-154. Lleida.
- RENZI, M. (2010): “Vasijas de uso metalúrgico, toberas y moldes”, en I. Montero (coord.) *Manual de Arqueometalurgia*, pp. 123-158. Madrid.
- RETUERCE, M.; HERVÁS, M. A.; LUCENDO, D. (2008): *Informe de las actuaciones arqueológicas realizadas en el Castillo de Ponferrada (León)*. Informe inédito entregado en el Servicio Territorial de Cultura de la Junta de Castilla y León, en León.
- ROMERO, F.; MISIEGO, J. C.; MARCOS, G. J. (2015): “La presencia de defensas en los poblados de la cultura del Soto: una evidencia cada vez menos excepcional”, en O. Rodríguez *et alii* (coords.) *Fortificaciones en la Edad del Hierro: Control de los Recursos y el Territorio*, pp. 547-564. Valladolid.
- ROMERO, F.; SANZ, C.; ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. (2008): “El primer milenio A.C. en las tierras del interior peninsular”, en F. Gracia (coord.) *De Iberia a Hispania*, pp. 649-731. Barcelona.
- SACRISTÁN, J. D. (1986): *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*. Universidad de Valladolid. Valladolid.